

EL PENSADOR CRISTIANO COMO MAESTRO UNA INTRODUCCIÓN

Por David Robinson

Se ha hecho un descubrimiento. En caso que no lo haya notado, ha estado ocurriendo un poco de conmoción en las últimas pocas décadas entre algunos educadores Cristianos, quienes descubrieron que si iban a afirmar que educaban “Cristianamente,” era mejor que tuvieran alguna noción de lo que eso implicaba. No es que este gran adelanto fue recibido con aclamación universal – de hecho, muchos permanecen totalmente ignorantes, hasta este día, de la existencia de tal proposición, algunos la han malinterpretado o estereotipado, mientras que otros la han alabado tan moderadamente que en realidad la han condenado. A pesar de esto, el desafío permanece.

Este desafío es conocido por muchos nombres diferentes, pero quizá el término más común es “integración,” teniendo en este caso más bien el significado especializado de la síntesis de la verdad revelada con el contenido curricular y la práctica en el aula de clases. Uno posiblemente podría cuestionar lo adecuado de la palabra a la luz de sus sombras ambiguas de connotación, pero la búsqueda de una alternativa es un desafío de un tipo diferente, y podemos adoptar la palabra en tanto que estemos conscientes de sus deficiencias. En los últimos veinte años más o menos se han producido grandes cantidades de libros y artículos sobre el tema, se han dado conferencias especializadas, se han celebrado seminarios, se han realizado sesiones formales e informales entre facultativos, todo con el propósito de examinar qué debería y qué no debería hacerse.

Ahora, todo esto es para bien. Contrario a la opinión de algunos, creo que los eventos conocidos como el Calvario y Pentecostés debiesen tener un impacto continuo sobre lo que pensamos, y como pensamos. Debiésemos pensar de manera diferente porque somos diferentes. Esta es apenas una revelación desafiante, de confección reciente. El mundo ha viajado una distancia impresionante desde que Dios instruyó primero al hombre sobre las implicaciones de la regeneración. Por tanto, nuestro interés es de lo más apropiado, pero trae con él una cuestión que encuentro algo inquietante. Reconociendo el advenimiento relativamente reciente de la educación Cristiana en su forma presente, admitiendo el inmenso alcance de la tarea, y dando por cierto que los santos serán santos, aún me encuentro curioso. Pentecostés fue hace mucho tiempo. ¿Por qué estamos aún luchando con tales asuntos básicos en niveles tan elementales?

Es tentador sugerir que el asunto es meramente una cuestión de método. “Sí, sí, claro,” dices, “¿pero como me las arreglo con eso?” No estoy tan seguro. “Cómo” es en realidad más bien una pregunta avanzada, si piensas al respecto. Generalmente pregunto “¿cómo?” solo si he pasado ese umbral en mi mente que conduzca al menos a una aceptación tentativa de aquello que estoy considerando. No creo que “¿cómo?” sea una pregunta que muchos educadores Cristianos se hayan hecho y contestado aún. Hay otros dragones que primero deben considerarse.

Uno es la tendencia desafortunada de los santos a olvidar que Adán era un pensador,

además de sus otros muchos talentos, que el don del pensamiento cayó con Adán, y que cuando uno es regenerado también la mente es regenerada, con implicaciones cruciales para la educación. En otras palabras, faltamos al deber de pensar sobre el pensar, lo que hace más difícil el pensar los pensamientos de Dios como Él lo hace. Parecemos pisotear, debajo de nuestros pies, la mente de Cristo.

Otro aspecto de nuestra dificultad parecería encontrarse en el hecho de que cuando pensamos en el razonamiento, no lo hacemos por mucho tiempo, o con mucha consistencia. Podemos dedicarnos diligentemente a otras causas críticas, tales como la fluoración del agua, o la oración en las escuelas, o prohibir este o aquel libro sucio, o, el Señor nos guarde, qué tipo de música va bien con nuestra iglesia; de hecho, aparentemente nos estamos volviendo más competentes en involucrarnos en asuntos vitalmente periféricos. Con el tiempo, sin duda concentraremos más y más de nuestra atención en distracciones cada vez más triviales, hasta que al fin habremos establecido para nosotros mismos, y de manera concluyente, poco más que distracciones triviales. Quizá creamos que la profundidad no sea una cualidad particularmente útil, al menos en lo relacionado con el pensamiento. Después de todo, ¿no fue Jesús un *simple* carpintero?

Padecemos aún de otro problema. Este problema también se presenta de muchas formas, pero, puesto de la manera más simple, no nos hablamos mucho los unos a los otros acerca de mucho. Ahora, en realidad esto no es muy sorprendente. Las palabras y los pensamientos habitan en unión dinámica en los seres humanos. Si nuestros intereses y nuestra vista se han vuelto triviales y faltos de vitalidad, nuestra conversación va a reflejar esto. En la rutina diaria de hoy la presión de la rutina y lo mundano está intentando descartar tales “lujos” como la reflexión intelectual y la comunión unos con otros, en favor de una forma de vida menos dada al compromiso y que consume tiempo. Seremos más empobrecidos por esto, aunque podríamos rehusar admitirlo, o, aún peor, ni siquiera darnos cuenta de nuestra pobreza, sin haber deseado nunca de lo que carecemos. En resumen, la *shekinah* podría irse, por apatía general. Las consecuencias de tal indiferencia, en cualquier parte, siempre han sido trágicas. Pero son doblemente trágicas entre los maestros del rebaño – pues, aparte de los maestros, allí está el rebaño, como pueden ver.

Finalmente, hay una tendencia trágica entre los Cristianos a no “descubrir” más a partir de la verdad descubierta. Pues lo descubierto aún permanece tibio desde el descubrimiento anterior. Por lo tanto, somos, por nuestra propia ignorancia y pereza, víctimas de la reinención de la rueda. Este mal aparece más bien de manera regular (algunos dirían que a niveles deprimentes), y brota de manera predecible a partir de nuestras consideraciones previas. Una comunidad de creyentes que no adora a partir de mentes fuertes y ejercitadas, que envilece y denigra el acto de la reciprocidad intelectual, y que eleva la ignorancia y la mediocridad a virtud piadosa, es una comunidad que será una víctima constante de la reinención de la rueda. Cada pocos años más o menos alguien exclamará repentinamente “¡Eureka!” y procederá a esbozar cuán importante es esta o aquella idea, o “¿no sería grandioso?”, y sí, eso suena maravilloso, y nunca había pensado en eso, y alguien debería hacer algo – ocasionalmente me pregunto cuántas generaciones de Cristianos han pasado en una tranquilidad apenas alterada, observando la segunda, la tercera y la cuarta llegada de la rueda reencarnada.

Ahora, si todo esto parece algo alejado del obstáculo de la “integración,” solamente puedo decir que es necesario entender algo sobre el asunto, chico, antes que uno ande por allí haciéndole frente. Muchas de las tribulaciones que se enfrentan en esta área se originan en nuestra indisposición de ser reflexivos y conscientes – de lo que es, de lo que ha sido y de lo que podría ser. Podría no haber tenido que luchar con el problema si ya hubiese sido vencido.

Asumiendo ahora que reconocemos que nosotros, las “nuevas creaciones,” tenemos algún tipo de responsabilidad de usar los pensamientos y las palabras de una manera que refleje nuestra nueva imagen, y que concordamos vagamente en que esto es algo que puede involucrar mucho más esfuerzo del que esperábamos, pero que es esencial y emocionante a la luz de Pentecostés - ¿qué entonces del aula de clases y el pensamiento Cristiano? Esta, claro está, es una pregunta vasta, que no pretenderé cubrir de alguna manera global. En lugar de ello, me gustaría lidiar con algunas consideraciones cruciales en una serie de ensayos que tocarán posibilidades que, debo confesar que encuentro fascinantes. La historia y los Estudios Sociales (Humanidades) son mi jardín particular de placer, y proveerán un marco tosco para algunos pensamientos sobre la naturaleza de lo que debiésemos estar haciendo en el aula de clases, cómo desenvolvemos para realizar esto (ahora que estamos quizá más listos para el “cómo”), lo mismo que unas pocas serpientes notables que deberán ser evitadas o muertas.

Este artículo fue impreso originalmente en el boletín *El Educador Bíblico*, Vol. II, No. 12, correspondiente al mes de Diciembre de 1980, publicado por el Instituto para la Economía Cristiana. La colección completa de este boletín está disponible (en Inglés) en www.freebooks.com